

Enrique Figueredo

Pere Cullerell

MALA GENTE

Viaje por la crónica
negra española
en 12 casos reales

Prólogo de Jordi Juan

DESTINO

Enrique Figueredo
Pere Cullèll

Mala gente

Viaje por la crónica negra en 12 casos reales

Prólogo de Jordi Juan

© Enrique Figueredo y Pere Cullell, 2023

© del prólogo, Jordi Juan, 2023

© de la copla del capítulo «Josep Marimón, el mayor asesino en masa de la historia de España», Luis de Tapia, 1928

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: marzo de 2023

ISBN: 978-84-233-6290-5

Depósito legal: B. 2.046-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y proce de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Prólogo. Basado en hechos reales	9
Introducción. ¿Por qué nos gusta hablar de muertos?	13

LA SANGRE POR LA SANGRE

Josep Marimón, el mayor asesino en masa de la historia de España	19
Puerto Hurraco: los Amadeos contra los Patas Pelás.	33
Una katana sobre el cuello de mi padre	49
Volker Eckert, el psicópata de la carretera	65
El sádico violador de mujeres policía.	77

LOS PELIGROS DE LA CALLE

El Vaquilla, la maldición del barrio	91
El Dioni, del cielo al infierno y del infierno a la fama	111

PIENSO, LUEGO MATO

El celador de Olot: lejí en las venas.	133
Carmen Broto, la querida que sabía demasiado.	145
El títere y la hechicera	177

CONTRA LOS NIÑOS

Los padres que no amaban a su hija	201
El exorcismo de Almansa	219
Agradecimientos	237

JOSEP MARIMÓN, EL MAYOR ASESINO EN MASA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA

La Pobla de Ferran (Tarragona) era en 1928 un pequeño núcleo de población de apenas nueve casas situadas en una calle de unos cincuenta metros de largo. Enclavada en la cresta de una pequeña colina, entre los barrancos de la Glorieta y de Forés, desde sus ventanas se podían divisar, por un lado, amplios campos de secano, dedicados a la cosecha del trigo y de la cebada principalmente, y, por el otro, un bosque frondoso, un buen lugar para la caza.

La Pobla de Ferran dista solo un kilómetro de Passanant, el pueblo vecino. En aquellos días, habitaban en sus casas 38 personas. Una comunidad pequeña, con muchos vínculos familiares entre ellos. Se podría decir que vivían con austeridad, pero felices.

Entre los vecinos se encontraba Josep Marimón i Carles, de veintiséis años, nacido en la misma Pobla y conocido como Josep de Ca l'Hostaler (la casa del hostelero). Josep era querido por todos y formaba parte de una familia que nadie dudaría en calificar de ejemplar.

El historiador local Jordi Creus Verni lo subraya: «Todo el mundo los tenía en mucha estima. Su casa era conocida como Ca l'Hostaler, porque la familia trabajó en el balneario de Rocallaura, un antiguo establecimiento de aguas medicinales situado a unos veinte kilómetros del pueblo, muy

reconocido en la comarca para el tratamiento de los cálculos renales. El abuelo hacía de recepcionista en ese balneario. Todo el mundo conocía a los Marimón. Decidieron instalarse en la Poble de Ferran, eran propietarios de tierras, trabajaban con la gente del pueblo, codo con codo... Una familia ejemplar. Tenían dos hijas que estaban casadas en Passanant, otro hijo también casado en Passanant... Perfectamente integrados y queridos por toda la comunidad».

En este marco de convivencia casi idílico, Josep Marimón empezó a coquetear con Marina Roca, de veinte años. Pero después de unos primeros y prometedores escarceos la relación no llegó a consolidarse porque la desgracia se cebó con Marimón. El chico tuvo la mala suerte de contraer una enfermedad incurable en aquellos tiempos, una tuberculosis en las vértebras: el mal de Pott.

El mal de Pott o tuberculosis vertebral es una presentación de la tuberculosis extrapulmonar que afecta a la columna vertebral. Se trata, por tanto, de un tipo de artritis tuberculosa que daña las articulaciones intervertebrales. Como se decía en la época, una «tuberculosis mal curada» por cuanto resulta de la diseminación, a través de la sangre, de un foco tuberculoso situado en otro lugar, generalmente, en el pulmón.

El cuadro clínico es terrible: dolor de espalda, fiebre, sudoración nocturna, pérdida de peso, astenia, aparición de masas en la columna que pueden llevar a la paraplejia, etcétera. En su evolución, la columna dorsal se arquea y aumenta ostentosamente su volumen.

A Josep Marimón, en efecto, le costaba respirar, se le agrotaban los huesos y le apareció una joroba incipiente. Era un enfermo grave. El deterioro fue progresivo, pero eso no impidió que fuera llamado a filas para cumplir con el servicio militar cuando la enfermedad estaba en sus inicios. Naturalmente, apenas unos meses después, fue devuelto a casa.

En los informes médicos de las revisiones se certificaba que esa persona no estaba capacitada para la milicia y le dieron el alta para que volviera a su población. Solo estuvo cuatro meses en el Regimiento de Infantería número 73. Se libró del servicio militar y de ir al frente, a la guerra de Marruecos, lugar al que fue destinado íntegramente su reemplazo.

Por desgracia, Josep Marimón ya nunca se pudo recuperar de su enfermedad, de la que empeoró con rapidez. Se sometió a dos intervenciones quirúrgicas que resultaron estériles. La dolencia se le cronificó. En unos meses, el joven lozano que fue se había convertido en un enfermo terminal.

Los días de Josep Marimón estaban contados. No podía hacer nada más que intentar vivir su agonía con el mínimo dolor posible. Estaba incapacitado para trabajar. Cada mañana bajaba un colchón hasta la puerta de su casa y dejaba pasar las horas, tumbado, tomando el sol, sin nada mejor que hacer.

Puesto que no se vivían tiempos económicamente espléndidos, alguien consideró que se podía aprovechar la presencia del tullido para que, por lo menos, vigilara a los niños del pueblo. Esa actividad supervisora permitiría a madres y abuelos ocuparse de otros menesteres más útiles para la comunidad, en cualquiera de las actividades que atarean a las gentes del campo. A todos les pareció bien y le encargaron que estuviera al cuidado de los once niños del pueblo desde que salían de la escuela hasta última hora de la tarde, apenas unas horas de vigilancia mientras los críos jugaban.

Pero dejar a los niños con un hombre tullido y con un principio de joroba fue una pésima decisión. Lo subraya el biógrafo de Marimón, Jordi Creus: «Los niños son crueles. Sin motivo, quizá sin maldad, en su tierna edad, son crueles. Marimón caminaba con dificultad, con los huesos y las extremidades agarrotadas, la joroba era cada vez más prominente. Era una diana fácil para las burlas. Y lo destrozaron con sus bromas».

Marimón era Quasimodo. Lo machacaron los niños y también lo machacaron los adultos. Todo el mundo le dio la espalda. Marina Roca no quiso saber nada de él, no le esperaba ningún futuro a su lado. Lo llamaban vago y gandul. Los dolores de la enfermedad, por otra parte, seguían aumentando. Josep Marimón, desesperado, buscó refugio en los consejos de alguien vinculado al ocultismo.

Conoce bien el caso Josep Canela, nieto de quien, a la postre, sería una de las víctimas del asesinato en masa más importante de la historia de España. Relata Canela que, en su desesperación, Marimón indagó todas las alternativas posibles, lógicas o ilógicas, para curar su enfermedad. «Acabó por buscar un mago o una vidente, una bruja, un espiritista, una curandera o algo por el estilo —explica— y fue ella (o él, nunca se conoció la identidad) quien le indicó que la razón de todos sus problemas provenía de que había alguien en el pueblo que le había echado mal de ojo.»

El enfermo pidió concreción, pero quien lo asesoró lo mantuvo en la duda. Podría ser «cualquier vecino», le indicó, lo que convertía a toda la población en potenciales sospechosos. Marimón estaba desesperado. Tanto que optó por creer a ese personaje y determinó que lo único que podía hacer era cortar el mal de raíz.

Josep Marimón decidió matar a todo el pueblo, sin escrúpulos. Lo convencieron de que el origen de su padecimiento era una maldición externa y no tenía tiempo para discernir quién era el causante. Matándolos a todos mataría a su enemigo y terminaría con la enfermedad y con el dolor que estaban acabando con él. Tomó la decisión por «debilidad mental», según se recogió posteriormente en el semanario *El Nuevo Mundo*, puesto que Marimón era «tanto más sugestionable cuanto más débil y enfermo, actuando en un ambiente de incultura y de superstición».

No consta, sin embargo, que tuviera dudas ni remordimientos.

El historiador Jordi Creus, que ha estudiado a fondo el caso, descarta que se tratara de enajenación mental: «Personalmente pienso que no estaba loco. Estaba despechado, herido, moralmente hundido, amargado... Le habían hecho sufrir mucho, tanto los propios habitantes como un antiguo desamor. No veía solución a su destino».

En cualquier caso, Marimón sabía que en lo que le quedaba de vida iba a sufrir lo indecible, que no tenía cura. Decidió luchar contra su destino. Y la única forma que entendió que podría hacerlo era eliminar a quien supuestamente lo había perjudicado.

Se tomó su tiempo para planificarlo con detalle. Incluso se atrevió a insinuar que estaba tramando algún plan. Alguien se burló de él, como era habitual, un día que paseaba por Passanant.

—Pronto se os acabarán las ganas de reiros de mí —dijo.

Pero la amenaza solo se entendió cuando ya era demasiado tarde.

El sábado 19 de mayo de 1928 amaneció en la Pobla de Ferran como un día cualquiera de primavera. La gente trabajaba en los campos y los niños fueron a la escuela, como era habitual en esa época. Marimón bajó el colchón a la puerta y se echó a descansar, como siempre. Pero ese día había previsto hacer algo más.

Había preparado una bolsa con mudas y algo de comida para unos días. En su mente estaba perfectamente trazada la ruta que pensaba seguir. Sabía lo que quería hacer y tenía previsto el plan de huida. Albergaba la íntima convicción de que su suerte, a partir de ese día, iba a cambiar.

Por desgracia, cambió para muchos. Poco después de las cuatro de la tarde, por el camino que une la Pobla de Ferran con Passanant, apareció un grupo de niños jugando y rien-

do. Eran los hermanos Josep, Ramona y Carme Rabadá Trilla, de once, cuatro y tres años. Venían del colegio. Marimón los estaba esperando. Cogió un hacha y su escopeta. El pueblo, en aquel momento, estaba prácticamente vacío. Hombres y mujeres se ocupaban de sus labores en los campos colindantes. Cuando los críos llegaron a la entrada del pueblo, los abordó y les propuso cazar unos pichones que habían quedado encerrados en un pajar.

Los niños accedieron. Entraron en el granero que se levantaba justo por delante de las primeras casas. Marimón cerró la puerta cuidadosamente. Los mató con el hacha y con la culata de la escopeta. Fue rápido y discreto. Nadie oyó nada. E inmediatamente escondió los cadáveres de los pequeños bajo la paja. Su tarea no había hecho más que comenzar. El macabro plan seguía según lo previsto. Pero al salir del cobertizo se topó con una inesperada circunstancia: acababa de llegar a la Pobla un esquilador que venía a llevarse la lana de las ovejas. A pesar del contratiempo, Marimón no se inmutó.

Serían las cuatro y cuarto de la tarde. El esquilador iba acompañado por uno de los hombres del pueblo con el propósito de retirar la lana de todos los borregos. Y allí estuvieron, en mitad de la calle principal, trabajando durante tres cuartos de hora. Mientras hacían su labor, Marimón estaba con ellos observando. Cuando acabó todo el proceso y se despidió el esquilador, Marimón continuó matando.

Tan pronto como los hombres doblaron el recodo del camino, fue mirando, portal por portal, buscando saciar su sed de venganza, hasta que se encontró con Rosa Eloy, de cuarenta y cinco años, en la puerta del domicilio de esta. Sin mediar palabra, blandió el hacha y la dejó herida de muerte.

En el otro extremo de la población, en la última de las casas, el asesino se topó de frente con la anciana Francesca Canela, de sesenta y cinco años, que estaba dando de comer al ganado. Francesca no había oído nada, pero se alar-

mó al ver a Marimón cubierto de sangre. Entendió que sucedía algo grave y se lo recriminó gritando.

—¿Qué haces? ¿Qué haces?

Y él respondió:

—Os voy a matar a todos. Os tengo que matar a todos.

Y le disparó. Con Francesca empleó la escopeta por primera vez. El uso de armas para la caza era normal en la zona, por lo que este primer disparo no provocó la alarma entre quienes trabajaban en los campos.

La masacre podía continuar. Marimón vio que se acercaban dos niños más, los hermanos Salvador y Josep Torres Roca, de nueve y cinco años, acababan también de salir de la escuela.

Los fue a esperar a la entrada del pueblo y utilizó el mismo procedimiento que con sus tres primeras víctimas. Les preguntó si estaban interesados en cazar pichones y los animó a seguirlo.

—Va, que os voy a dejar disparar con la escopeta en el granero.

Disparar un arma era una tentación irresistible para los críos. Se los llevó con toda facilidad a otro cobertizo. Y una vez dentro acabó con ellos, a golpes de culata y con el hacha. Como si se tratara de un ritual, Josep Marimón se dispuso de nuevo a esconder a sus víctimas bajo la paja para intentar llevar a cabo su plan sin que nadie se percatara. Pero en esta ocasión, mientras ocultaba los cadáveres destrozados de los pequeños, Marimón fue sorprendido por el pequeño Miquel Torres, el tercero de los hermanos, que se asomó a la puerta del cobertizo y salió huyendo horrorizado por lo que acababa de ver.

Echando mano a su arma, Marimón le apuntó a la espalda y le disparó mortalmente.

De nuevo el tiro resonó en el aire de las tierras de la Poble sin que llamara la atención de los braceros. ¿Quién podía

imaginar la tragedia que se estaba desatando entre las casas? Sin embargo, el asesino estaba a punto de ser descubierto.

Mientras Marimón se dirigía a su domicilio a buscar más munición, Antonia Marimón Roca y Marina Roca Rull (la joven a la que había pretendido) pasaron ante la puerta abierta del cobertizo y vieron los cadáveres que el asesino no tuvo tiempo de ocultar. Los chillidos desgarradores ante la tragedia fueron la primera voz de alarma, que llegó inmediatamente a los campos más cercanos. Los gritos alertaron también al asesino, que salió de pronto de la casa, sorprendió y disparó a las dos mujeres.

Apuntó a la cara de ambas. A Antonia, con poca puntería, solo le provocó un rasguño y heridas en las manos que instintivamente levantó para protegerse. La segunda también puso las manos frente a la escopeta, como si eso bastara para detener la descarga. En realidad, el gesto le salvó la vida, porque la ráfaga de perdigones le destrozó las manos. Aunque su rostro quedaría desfigurado para siempre.

La primera persona que llegó al pueblo para atender los gritos de auxilio fue una vecina de Passanant. Pero Marimón, que ya había matado a ocho niños y a una anciana y había malherido a otras tres mujeres, tuvo claro contra quién iba su venganza. Contra quien le había echado el mal de ojo, fuere quien fuere, pero vecino de la Pobra.

La vio caminando hacia él. La reconoció. No era del pueblo, era de Passanant.

—Vete de aquí, porque si no vas a correr el mismo destino que los otros —le advirtió—. También habrá para ti.

Y dicho esto, el asesino en masa más importante de la historia del crimen en España cogió su escopeta y la bolsa que se había preparado, y se perdió por los campos de Tarragona. Se desvaneció como un fantasma.

La tragedia de la Pobra adquirió dimensión mundial. Periódicos y noticieros radiofónicos se hicieron eco de la masa-

cre. Decenas de reporteros llegaron a la comarca para conseguir información de primera mano y conocer detalles del dolor que asoló a las familias. Se enteraron, por ejemplo, de que en las horas siguientes a los asesinatos algunos padres todavía no habían encontrado los cadáveres de sus hijos.

«Esa noche, en el pueblo, se vivieron cuadros dramáticos», rememora Jordi Creus. Los padres vagabundeaban sin sentido, como idos, preguntándose qué es lo que había pasado y dónde estarían sus hijos. A los tres primeros que mató, los hermanos Rabadá Trilla, los encontraron enseguida en el pajar a las afueras de la población. Pero a los últimos pasaron horas hasta que se produjo el desgarrador hallazgo.

El entierro fue multitudinario. Se calcula que dos mil personas se agolparon en el diminuto camposanto de Passanant para dar el último adiós a las víctimas de Marimón.

Toda la zona que rodeaba el pequeño cementerio de la Pobra, en los alrededores del pueblo, se llenó a rebosar de vecinos de las poblaciones más próximas. No cabía un alfiler. El impacto fue impresionante. Algunos periodistas de Barcelona y Tarragona se personaron y tomaron fotografías de la muchedumbre. La masacre conmocionó a España y hasta más allá de sus fronteras.

Fue un shock que afectó incluso a las corrientes vanguardistas del arte. Los surrealistas franceses tenían tendencia a ensalzar crímenes, y un joven y rompedor Salvador Dalí, fiel a esos principios, no dejó pasar la oportunidad para referirse a la tragedia de Passanant. Lo hizo en una carta dirigida a Pepín Bello, compañero de la Residencia de Estudiantes de Madrid. Escribió Dalí:

Sin ir más lejos, habrás visto el sublime acto de Marimón, fíjate nada más bajo el punto de vista moral, dejando aparte su enorme trascendencia poética; lo limpio y excepcional que resulta la actitud de este hombre al lado del gro-

sero e inmundo sentido maternal de las madres berreando porque les han matado a sus hijitos. [...]

Así piensa muy poca gente, todos los artistas y literatos, los mejores, les cae la baba delante del amor maternal. Y no comprenden la excepcional y extraordinaria trascendencia de los crímenes de Marimón.

Pero... ¿y Marimón? ¿Dónde estaba Marimón?

Los periódicos dieron puntual información de la fuga del asesino y de la intensa persecución a la que fue sometido. Cabe señalar que la coordinación entre las fuerzas de la Guardia Civil y los responsables del somatén (organización parapolicial de seguridad civil formada por voluntarios) no fue todo lo fluida que cabría esperar. *La Vanguardia* del 23 de mayo de 1928 informaba del desarrollo de las investigaciones:

Comunican de Tarragona que el fiscal de la Audiencia, señor Gómez del Castillo, y el juez del distrito de Montblanc, señor Serrano, trabajan activamente en la instrucción de diligencias por el monstruoso crimen cometido en Poble de Passanant por José Marimón Carles.

El criminal, que huyó a las montañas de Lérida, no ha caído todavía en poder de sus perseguidores, a pesar de que le buscan activamente diez parejas de la Guardia Civil y más de 400 somatenistas. Se cree que Marimón está escondido en alguna guarida del monte.

La persecución de Marimón se alargó durante diez días. En ese espacio de tiempo, el somatén y la Guardia Civil —siguiendo órdenes del fiscal y del juez— discreparon sobre si el asesino se encontraba cerca del lugar de los hechos (como intuía el somatén) o si había puesto distancia de por medio (como creía la Guardia Civil).

Había tensión también entre los rastreadores y los habitantes del pueblo, muchos de ellos vinculados familiarmente con las víctimas, pero también con el asesino. Una tensión que se acrecentó cuando un testigo dijo haber visto a Marimón por la comarca, buscando comida. No se pudo confirmar.

Los días iban pasando sin noticias del fugado.

Durante ese tiempo de espera, una de las mujeres heridas por los hachazos de Marimón, Rosa Eloy, falleció en el hospital de Tarragona tras superar varias operaciones quirúrgicas. El cementerio del pueblo se llenó de nuevo de dolor.

La tensión en ese rincón del mundo fue cada vez mayor. Inaguantable. La sed de venganza estaba a flor de piel. La familia más próxima a Josep Marimón no se atrevía a salir a la calle. No lo hizo mientras duró la búsqueda del asesino. Solo el hermano menor se ofreció y se puso a disposición de la justicia para ayudar en el rastreo. Lo hizo aportando el perro del propio Josep Marimón, sin duda una buena iniciativa para poder localizarlo. Como finalmente sucedió.

A primera hora de la mañana del 28 de mayo de 1928, nueve días después de la tragedia, un grupo compuesto por el cabo de somatén de Pira, José Civit, y los somatenistas Ramón Amorós, Isidro Benet y Jaime Tarrés, acompañados por el sargento de la Guardia Civil Vicente Prandanos y del guardia Miguel Pérez, se percató de que había un hombre dormido, semioculto, en un campo de avena, a apenas dos kilómetros de Passanant. Los hombres se aproximaron y el cabo Civit, encañonándolo con su carabina le gritó:

—*Si et mous ets home mort.* (Si te mueves, eres hombre muerto.)

Marimón estaba en el suelo tumbado, dormitando. Entreabrió los ojos y respondió:

—*Què hi ha?* (¿Qué pasa?)

La versión que trascendió, la oficial, fue que en aquel momento Marimón se dio cuenta de que estaba ante sus

perseguidores, se puso de pie e intentó hacer uso de su escopeta. Entonces Civit, que lo tenía encañonado, le disparó. El proyectil alcanzó a Marimón en la cara.

La versión oficiosa señala que cuando el grupo del somatén (sin la presencia de la Guardia Civil) descubrió a Marimón durmiendo sus miembros se preguntaron qué es lo que debían hacer. El cabo Civit ordenó a uno de ellos:

—Dispárale tú.

Pero el interfecto se opuso.

—Tú eres el cabo. Es tu obligación. Tú has de disparar. Y, sin más, lo mató.

Sin preguntas, sin dar el alto. Sin intentar arrestarlo, optaron por pegarle un tiro.

En cualquier caso, Josep Marimón murió instantáneamente. Al acercarse, sus perseguidores comprobaron que el tiro le había entrado por el ojo izquierdo y salido por el occipital.

Después se dispararon varios tiros al aire en señal de alarma...

La pesadilla había terminado. Se escribieron coplas de su caza.

*¡Un loco, una fiera
de humanos colmillos,
mata a unas mujeres,
mata a unos chiquillos!*

*¡La fiera se oculta,
y sobre su traza
van dos mil personas
para darle caza!*

*¡El acoso es fiero;
y allá, en su retiro,*

*danle, a quemarropa
y en la frente, un tiro!*

*¡Con júbilo alegre,
con ojos de lumbre,
chilla, ante el cadáver,
fiera muchedumbre!*

*¡Después de enterrado,
aún quiere la gente
exhumar los restos
del pobre demente!*

*¡Y hacia el cementerio
la avalancha avanza
vomitando injurias,
pidiendo «venganza»!*

*¡El suceso es triste,
pues de mil maneras
demuestra que todos
somos algo fieras!*

*¡Nos falta dulzura,
nos sobra pasión,
nos falta la escuela
y el buen corazón!*

*¡Cuánto, cuánto loco!
¡Cuánto Marimón!*

Tras la tragedia, La Pobra de Ferran ya no pudo ser el pueblo que era. Tampoco el propio Passanant, muy vinculado familiarmente a las víctimas o al asesino, consiguió

cicatrizar las heridas causadas. Se cuenta que hay quien murió de pena.

El historiador Jordi Creus lo precisa: «Lo que pasó en esta población es que se dividió, se partió en dos. Por una parte los familiares del asesino, que no tenían ninguna culpa más que tener los naturales lazos de sangre y por otra los familiares y amigos de quienes perdieron a sus seres queridos en la tragedia. La crispación fue brutal. Y duró muchos años».

En los pueblos cuesta más olvidar.

Como todavía lo rememora Josep Canela, nieto de una de las víctimas: «Sabemos que los familiares de Marimón no tenían ninguna culpa y seguramente no habrían querido que esto hubiera pasado. Pero pasó. Ellos pidieron perdón. No sé si alguien les llegó a perdonar. Pero olvidar, no se puede olvidar. Nunca».

Y tras una breve y dolorosa pausa, dándose la razón a sí mismo, repite: «Perdonar, no lo sé. Olvidar, seguro que no».

Todavía hay madres en la comarca que advierten a sus hijos de que si no se portan bien vendrá Josep Marimón a buscarlos. El tullido Marimón, el enfermo que creyó que era víctima de un mal de ojo y que decidió llevarse por delante a todo un pueblo para romper el hechizo. Quería vivir a cualquier precio.

Quizá lo ha conseguido. El mito del monstruo todavía cabalga por los campos de Tarragona. Es el mayor asesino en masa de la historia de España. Quiso matarlos a todos porque ya no tenía nada que perder.

Sorprendentemente, su cuerpo descansa en el pequeño cementerio de Passanant, a apenas unos metros de donde reposan sus víctimas. No consta su nombre, aunque todos saben cuál es la tumba. ¿Cómo es posible? Y alguien responde: «Lo han puesto en ese rincón, porque no es tierra sagrada. Está en el infierno».